

“Tengan los mismos sentimientos de Cristo, quien a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí mismo y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y haciéndose semejante a ellos, se hizo obediente hasta la muerte”

Hablar de pobreza ¿es una moda o una necesidad?

P. J. Revira, CMF

Vivir la pobreza evangélica bajo el signo de la solidaridad es querer seguir al Señor que se anonadó, se hizo esclavo siendo Señor, que dejó su condición divina para hacerse uno de nosotros.

La situación de no pocos religiosos hoy: ¿voto de pobreza o de buena clase media? Hablar de pobreza ¿es una moda o una necesidad?

Un hecho que siempre me ha impresionado al mirar la historia de la Iglesia: el aprecio de la pobreza y de los pobres ha sido el termómetro más apto para medir la sinceridad y profundidad de sus reformas, más allá de los documentos y las hermosas palabras, siempre más o menos abundantes.

Y lo mismo ha ocurrido en la historia de la vida consagrada. Es un hecho que **el consejo evangélico** que se encuentra en el origen de muchas fundaciones, congregaciones, reformas y hundimientos, no ha sido el celibato ni la obediencia a un superior, sino la pobreza externa: los calzados se han hecho descalzos, los unos se han dedicado a los pobres, los otros a los más pobres entre los pobres.

Y hoy, ¿en qué constituciones reformadas después del Vaticano II no se dice que los miembros de su comunidad quieren dedicarse

"de forma especial" a los pobres? (Cfr. Const. 25: "Testigos de un Reino de justicia y de libertad, **los Eudistas, prestando oído a los más pobres, aceptan ser la voz de los que no tienen voz.** En armonía con las directivas de los obispos **se comprometen a promover entre los hombres una repartición más justa y fraternal de los bienes de este mundo.** Son conscientes de que el Evangelio tiene poder de realizar la liberación integral del hombre.")

Es significativo también que en la Exhortación "**Vita Consecrata**" se hable de los consejos evangélicos en general 38 veces, del conjunto virginal - casto - célibe 49, de obediente-obediencia 41, y de pobres-pobreza ¡76!

Todo eso nos dice que también en la vida consagrada hoy el verdadero termómetro de la autenticidad de vida, en lo referente a los consejos evangélicos, más allá de las discusiones sobre la obediencia y las dificultades en campo afectivo-sexual, sigue siendo (como siempre) el concepto y la vivencia de la pobreza.

"¿Con qué osadía hablamos de pobreza, cuando lo que entre nosotros sería considerado hoy una pobreza casi heroica, para millones de seres humanos es un hecho normal de todos los días y de toda la vida, si no es incluso un lujo!? Ayunar durante toda la vida a "pan y agua" sería para nosotros el máximo de la austeridad, mientras para millones de personas tener 'asegurados el pan y el agua' sería ya como un sueño".

¿Cómo se puede llamar "pobre" en nuestra sociedad un religioso que tiene casa, comida, trabajo, estudios y hasta la posibilidad (¡muchos lo llaman "derecho"! de disfrutar de un periodo de vacaciones anuales o un periodo sabático (¡a lo mejor un año!), con la seguridad de que a la vuelta encontrará absolutamente todo lo que había dejado al partir? ¿Será que a veces hemos perdido incluso la capacidad de avergonzarnos de nuestras lamentaciones de pequeños (o grandes) burgueses?

De hecho, en la VR la institución ofrece a sus profesos un arreglo sin especiales traumas, una solución "light". Les queda asegurada, de palabra y de hecho, una asistencia total en sus necesidades básicas, como son las necesidades biológicas, vitales para la supervivencia y el suficiente bienestar biofísico. Difícilmente hay entre nosotros quien tiene motivos serios de queja en cuanto a la comida, el descanso, objetos personales, uso de enseres comunitarios... En general, tenemos un tenor de vida que nos sitúa entre la clase media y la clase alta del "primer mundo", con una excepción -: trabajamos menos que la media de las personas de nuestro alrededor, que necesitan ganarse su sustento. A lo más, en este terreno nuestras aspiraciones son disponer de más dinero,

de más tiempo, hacer las cosas con menos esfuerzo, tener más cosas y pasatiempos.

La comunidad provee a nuestro sustento, nos ofrece una ocupación, compañía y convivencia, nos da apoyo en los momentos difíciles, personales y familiares, nos garantiza el futuro. Es, en una palabra, la "madraza" que tiene cuidado, con solicitud y generosidad, de las necesidades de sus hijos e hijas. A cambio de todo esto, al religioso o religiosa se le pide ser fiel a su compromiso; y eso se traduce en vivir en comunidad, ser lo que llamamos un "buen religioso o religiosa" que cumple sus deberes y hace todo lo que se le pide. Una actitud, pues, dependiente, de orden y disciplina, de adecuada realización de las tareas personales, sin mayores pretensiones, en una continuidad que salvaguarda los principios, las normas y las obras de la institución. De ese modo verá atendidas sus necesidades de estima, relación y seguridad.

En Occidente hemos hecho con frecuencia grandes razonamientos, hemos publicado libros más o menos interesantes sobre la pobreza; **pero nos hemos quedado en las palabras**. Por otro lado, no raramente, religiosos del Tercer Mundo han venido a Occidente (a Roma, por ejemplo) a hablarnos de la pobreza de sus conciudadanos y de la urgencia de encarnarse en aquella realidad; pero a veces-digo - **sus palabras han dejado a los oyentes algo perplejos o escépticos al ver su tenor de vida personal, los aparatos con que venían equipados, o los viajes turísticos que habían hecho antes de llegar donde nosotros y/o los que se prometían hacer antes de regresar a donde sus pobres ...** ¡Y cuántas veces religiosos de aquí y de allí han hablado menos y se han ido, sencillamente, a vivir pobres entre los pobres, a echarles una mano con la vida más que con las palabras! Como ha dicho alguien, hoy habría que aplicarles a no pocos las palabras de la Biblia: "No pronunciarás el nombre de los **pobres** en falso" (cf. Ex 20,7).

Cuando el hombre se mantiene libre frente a las cosas, no se apega a ellas, no se dejar arrastrar por el anhelo de posesión de cosas o del dominio sobre las personas; cuando usa de los bienes y lleva adelante sus responsabilidades, pero se mantiene libre y deja o hace libres a los demás. Cuando no se deja arrastrar por la ambición, la avidez de posesión, la explotación, el despilfarro... Cuando sabe prescindir de cosas fútiles, de bienes ficticios, necesidades creadas artificialmente (fruto del consumismo desenfrenado e insensato), sea para salvar su libertad frente a las cosas, sea frente a quien querría explotarlo. Cuando comprende que es más importante *ser* que *tener*. **Pobreza como liberación del ser: 1) libres del yo: autoposesión, 2) libres de las cosas: dominio, 3) libres para servir a los demás, 4) libres para abrirse y acoger a Dios. En resumen, pobreza como libertad y**

liberación.

Pobre en sentido positivo es aquél que, consciente de sus propios límites, **se abre a los demás para recibir de ellos con sencillez y humildad, y es capaz de compartir con ellos, de darse a sí mismo, lo poco o mucho que tiene, convencido de que la relación entre las personas es el bien más grande, y que la persona del otro es más valiosa que las cosas.** Se siente y se reconoce necesitado de los demás y, al mismo tiempo, capaz de dar algo, de ser enriquecido y de enriquecer, de recibir con gratitud y de dar con generosidad: sabe que es, al mismo tiempo, hambre y pan. Pobre, pues, no en el sentido de quien no tiene, sino de quien "en su propia humanidad se convierte en un dispensador de bien" (RD 5c). Pobreza como solidaridad, co-participación, comunión; no como privación, sino como oblatividad. Así, **un "corazón pobre" se convierte también inevitablemente en un "corazón fraterno".** Comunica, pues, no sólo los bienes materiales, sean pocos o muchos, sino, sobre todo y ante todo, a sí mismo, **su persona** (¡el bien más grande que cada uno tiene, no la carteral!), **su tiempo** personal (¡que quiere decir la única vida que tiene!), **sus propias cualidades y capacidades, su propia humanidad, su propio amor.** Es tan pleno y libre que puede dar lo que humana y espiritualmente tiene, viendo en este darse él mismo no una pérdida, un empobrecimiento, sino un manantial incesante de enriquecimiento humano: ¡al dar de su pobreza, recibe! (como decía San Francisco de Asís).

Se percata de que precisamente **el egoísmo, el encerrarse en sí mismo, es el proceso más trágico de empobrecimiento humano,** puesto que aprisiona a la persona en el cascarón de sus límites, le impide recibir y crecer; mientras que en el compartir y amar a las personas y las cosas encuentra la fuente inagotable de su plenitud y felicidad humana. Así pues, *pobreza como amor, humanización, fraternidad, solidaridad.*

Pobreza significa, por consiguiente, aceptación de sí mismo, de los demás y de la realidad tal como son, con las posibilidades y las limitaciones de cada cual y de cada cosa. Aceptación que no es resignación pasiva, sino un "sí" a la vida, a las personas (comenzando por la propia), a la creación entera. Pero es asimismo un punto de partida porque después, mediante la propia donación, coparticipación y amor, la persona intenta llevarse ella misma, y a los demás y la realidad creada, a una plenitud cada vez mayor. Por tanto, *pobreza como sencillez de vida, apertura, acogida, empuje, promoción, vida.*

Entendida de ese modo, la pobreza se presenta como una virtud humana fundamental. Significa liberación de la concupiscencia o codicia de la posesión, liberación del egoísmo y del poder, de la explotación, del

narcisismo y de la instrumentalización de los otros o de la creación; significa dominio de sí y frente a las cosas: humanización.

La sencillez y aun una cierta austeridad de vida son una ayuda para que el hombre siga siendo plenamente él mismo, humano, digno, señor de la creación, no destructor; libre, no esclavo; amante, no explotador.

Pobreza que lleva a la gratuidad, a darse y a compartir superando la permanente tentación de la utilidad, del cálculo egoísta, de la explotación y manipulación de los demás, de uno mismo o de las cosas. Al contrario, encontrando la propia felicidad en comunicarse uno mismo, en echar una mano, en amar.

La pobreza evangélica es una forma clara y concreta de vivir y proclamar que "Dios es la única riqueza verdadera del hombre. Vivida según el ejemplo de Cristo que 'siendo rico, se hizo pobre' (2 Co 8,9; cf. Flp 2,5-11), es expresión de la *entrega total de sí* que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente. Es don que brota en la creación y se manifiesta plenamente en la Encarnación del Verbo y en su muerte redentora (de nuevo, el aspecto cristológico)" (VC 21c; cf. 22b). **Recordemos la importancia que tiene la Encarnación en la espiritualidad eudista. Pero esa Encarnación es (debe ser) más que un bonito discurso teológico.**

Un carisma que exige ser vivido como Jesús lo vivió (aspecto cristológico): en humildad, sencillez, solidaridad y hospitalidad, superando toda forma de explotación, aburguesamiento y consumismo.

Aquí está la razón/significado primera y última, fundante, de la pobreza de Cristo y, por tanto, de la de sus discípulos. **El misterio trinitario y el misterio de la salvación son un misterio de "pobreza", o sea, de donación total de sí, por amor, al Otro.** De este modo, Cristo se convierte en el pobre por excelencia: nadie ha vivido cuánto Él ha vivido y, por consiguiente, no ha renunciado tanto cuanto Él. Se da del todo, por amor y libremente (Jn 10,17-18); vive en una actitud de total disponibilidad a cuanto quiera de Él el Padre, despegado de todo y de todos (pobreza), comenzando por el desapego de su familia natural (celibato), a favor de la misión recibida (obediencia) (Lc 2,49) Mt 12,49-50). Y en la Cruz vivió el momento culminante de esta pobreza, reaccionando con la mayor radicalidad del pobre bíblico: sin bienes (pobreza material), sin dignidad ni derechos reconocidos (pobreza social y política), oprimido por el poder político (Pilato, el ocupante) Incluso "pobre" del Padre, sintiéndolo ahora lejano, Él que poco antes había dicho que, aunque todos lo abandonaran, Él no se quedaba solo porque el Padre estaba con Él (Jn 8,29; 16, 32)... Y en esta situación de pobreza, desarraigo y soledad total, reacciona con un grito que es, al mismo

tiempo, de angustia (pues es humano) y de confianza en el Padre a pesar de todo; el grito de quien se ha convertido en pobre total, de quien se ha quedado sin poder alguno y sin seguridad ninguna, fuera de aquel Dios lejano. Y muere así.

Parece el fracaso total; y en cambio, es el comienzo de todo. Ahora la palabra pasa al Padre, y el Padre responderá pronto ¡Resucitándolo! Podemos resumir su significado en tres afirmaciones, cada una consecuencia de la otra:

- 1) **Ante todo, la pobreza es una realidad interna, una actitud y una vivencia interior (cf. Mt 5,3), fruto y consecuencia de la fe.** Concretamente, se parte de la acogida de Dios en Cristo como centro y móvil de nuestra propia vida, es decir, la primacía de Dios sobre todo y sobre todos. Y, como consecuencia, *la entrega total a Dios en Cristo, como el Único necesario.*

Dicho de otro modo, una vida de pobreza que: "... manifiesta que Dios es la única riqueza verdadera del hombre. Vivida según el ejemplo de Cristo que 'siendo rico, se hizo' pobre' (2 Co 8,9), es expresión de la *entrega total de sí que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente*" (VC 21c). De esta forma, la VC: "... imitando su *pobreza* (la de Cristo), lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor. Como decíamos anteriormente, **la dimensión cristológica - trinitaria es la verdadera raíz "cristiana" de la pobreza.** Para nosotros Dios/Cristo es el único bien verdaderamente necesario (Sal 15; Luc 10, 42).

Todo lo demás sigue siendo válido y "amable"; pero, afectiva y efectivamente, viene después; no sólo los bienes, sino también las personas y aun la propia vida: aquí está el por qué todo cristiano debe introducir en el presupuesto de su vida nada menos que el martirio (cf. LG 42b, VC 86). ¡Éste es el "corazón de pobre" de todo discípulo, la pobreza pedida a todos!

El religioso lo vivirá de una forma peculiar suya, según las características de su vocación; pero, en realidad, está viviendo un elemento común a todos los cristianos. Su austeridad de vida, la coparticipación comunitaria de los bienes, etc., no serán más que proclamar esta primacía de Dios y esta disponibilidad hacia los hermanos que son típicas de toda vida cristiana.

- 2) En segundo lugar, **la pobreza evangélica es disponibilidad a favor del Reino.** No es más que la consecuencia de cuanto acabamos de decir. Y la actitud práctica de servicio, así como la pobreza exterior, no serán más que consecuencias de aquella actitud interior de libertad y disponibilidad hacia Dios y hacia los hermanos, como

Cristo.

Efectivamente, a imitación de Él (cf. Flp 2,7), el religioso se despoja, se vacía de sí mismo, se desapega de todo (persona: familia-celibato; bienes: pobreza material; y autonomía: obediencia) con el objetivo de quedar abierto y disponible para Dios y los hermanos.

A este respecto, **pone a disposición ante todo su propia persona (el bien más grande que tiene); se da sin reservas, se hace todo a todos (1 Co 9,19-23)**. Así se convierte en representación visible, en la historia, de la donación total de Cristo al Padre y a los hermanos. Pobreza, pues, como donación, como vida de caridad, y no como gusto del vacío, como desprecio de alguien o de algo, o como simple ascetismo, La ascesis será, sin duda, necesaria; pero como ayuda indispensable para superar el egoísmo propio y favorecer la comunión.

En efecto, como decía Pablo: “Ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo (pobreza material, como hacían algunos filósofos griegos), ya puedo dejarme quemar vivo (la muerte cruenta), que si no tengo amor de nada me sirve” (1 Co 13,3). De esta forma, cada religioso debe **convertirse en un hermano/ hermana especialmente solidario, libre, sencillo, el "profesional" de la disponibilidad y de la coparticipación, el "experto en comunión"** (cf. RPU 24, RD 5, VC 46a). En efecto, pone a disposición de Dios y de los hermanos (obediencia) su persona, su vida (¡la única que tiene!), su amor (celibato), sus cosas (pobreza exterior), sus buenas cualidades, su tiempo.

Para él toda forma de individualismo, de repliegue en sí mismo, de egoísmo, de cerrazón, de negación de la palabra o de la relación humana, de falta de colaboración, de pereza, de pura comodidad, etc., son, todas, faltas contra la pobreza evangélica, porque significa que ¡no da, no comparte, algo que podría dar! Ahí está la razón de por qué la pobreza evangélica implica también, ¡obviamente!, la realidad económica; pero compromete mucho más que la cartera: ¡la vida, la persona toda entera!

- 3) Lo hemos dicho ya, pero vamos a repetirlo: **la pobreza significa coparticipación de bienes**. Recordemos que el ideal de la comunidad de Jerusalén, paradigma de pobreza cristiana, no fue la falta de bienes, sino la coparticipación de lo que había (cf. Hech. 2,42-47; 4,32; 5,16). Efectivamente, para el cristiano los bienes no son un mal, sino un bien que hay que compartir, un medio para vivir y expresar la comunión.

En el religioso, esto significará un doble tipo de coparticipación y un

doble tipo de bienes: 1) una coparticipación dentro del grupo o comunidad, entre sus miembros, o sea, **la vida fraterna** (VFC 44e-h) y hacia el exterior, es decir, la misión apostólica (VFC 59); 2) y **dos tipos de bienes**: los materiales y humanos, y los espirituales.

Cada uno da lo que – honestamente - puede dar, acoge al otro tal cual es, y está dispuesto a recibir. **La vida fraterna y la misión específica no son, pues, más que manifestaciones de la pobreza evangélica.**

Además, la pobreza exterior se hace secundaria e inevitable, al mismo tiempo. Secundaria, porque lo importante es la pobreza interior; inevitable, porque el hombre es una realidad única y, por tanto, **la sencillez de vida y la austeridad se convierten en una ayuda imprescindible para hacer posible y creíble la pobreza interior.** Ésa es la razón de que, a pesar de su secundariedad, es ésa la piedra de toque (¡lo demuestra la historia!) de la pobreza interior y teológica.

Cuando se es pobre, no puede dejar de reflejarse en todo aquello que se tiene. Si bien, en lo tocante a los aspectos más externos y materiales, habrá que tener presente:

1. El momento histórico en que se vive.
2. El lugar o sociedad en que nos encontramos.
3. Y el carisma y misión que hay que llevar a término.

Lo que puede ser austero en una época, en un lugar o según un carisma, puede no serlo en otro o para otro. **La fidelidad creativa a las propias raíces vocacionales (cf. VC 36-37) y la atención vigilante y crítica a los signos de los tiempos (cf. VC 87-92) nos dirán cómo hay que entenderlo y vivirlo.**

Efectivamente, no se sigue al Señor resucitado por el camino de un interminable “Viernes Santo”, sino en el gozo pascual y humano de pertenecerle por completo a El. El religioso no hace voto de perpetuo abatimiento, así como tampoco se consagra a Dios para evitar los fastidios familiares. Su vida será sencilla, austera, laboriosa y responsable, serena, realista y gozosa, madura humana y cristianamente; para estar, de esa forma, lo más disponible que pueda para Dios y los hermanos.

No se trata, pues, ni de mundialización, ni de alboroto o confusión, o de crear en comunidad un ambiente de fiesta

permanente; sino de aquel gozo profundo, adulto y maduro que proviene de la fe, la fe que ilumina la vida del religioso y le ayuda a abrazar con decisión, amor y realismo, tanto la alegría de vivir, como los riesgos y dificultades de toda vida humana y de la suya en concreto. "Sé de quién me he fiado", decía San Pablo (2 Tm 1,12): ahí está el manantial inagotable de la seriedad y profundidad de su vida y, al mismo tiempo, de su gozo y serenidad.

REFLEXIÓN PERSONAL

Me pongo frente al Señor y tomo conciencia del compromiso que como Eudista estoy llamado a vivir frente a la vivencia de la pobreza.

- ❖ ¿Cómo evaluo mi forma de vivir la pobreza evangélica?
- ❖ ¿Cómo se expresa externamente, en mí, esta vivencia de la pobreza? (estilo de vida, ropa, viajes, cosas).
- ❖ ¿Con qué estoy llenando mi vida?, ¿con cosas materiales? ¿con Dios? ¿Cómo lo uno se expresa en lo otro?
- ❖ ¿De qué manera me dejo interpelar por la realidad de pobreza y sufrimiento de muchos, incluso de la propia familia?

REFLEXIÓN COMUNITARIA

- ❖ ¿Cómo vivimos en nuestra comunidad local el desprendimiento, la austeridad, la disponibilidad y el servicio generoso?
- ❖ ¿Qué actitudes proyectamos, en este sentido, hacia los destinatarios de nuestra misión?
- ❖ ¿Cómo vivimos, al interior de la CJM (y de la comunidad local, de manera concreta) nuestra solidaridad con los pobres en este tiempo de crisis?
- ❖ ¿De qué manera estamos viviendo aquello que aparece en nuestras Constituciones # 25? : “Testigos de un Reino de justicia y de libertad, **los Eudistas, prestando oído a los más pobres, aceptan ser la voz de los que no tienen voz.** En armonía con las directivas de los obispos **se comprometen a promover entre los hombres una repartición más justa y fraternal de los bienes de este mundo.** Son conscientes de que el Evangelio tiene poder de realizar la liberación integral del hombre.”

OREMOS

Adoremos a Jesús en su pobreza: entregado por entero a su misión, se hizo pobre para enriquecernos.

Démosle gracias por despojarse para enriquecernos.

Pidamos perdón por haber amado demasiado nuestra comodidad, por haber buscado agradar o dominar, por haber dado prioridad al poder que viene del dinero.

Entreguémosle nuestro corazón para que nos haga libres de todo egoísmo y de todo apego; para que nos haga atentos al bien de nuestros hermanos y al fiel cumplimiento de nuestros compromisos.

Que nos conceda desear su Reino como herencia.

Amén.